



LOS OJOS AZULES DE CRISTAL

Alba Baña Jiménez

LOS OJOS AZULES DE CRISTAL



Primera edición: abril 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alba Baña Jiménez

ISBN: 979-13-88195-44-0

ISBN digital: 979-13-88195-45-7

Depósito legal: M-9714-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro va dirigido a todas esas personas guerreras que, en algún
momento, no supieron cómo seguir.
A quienes han vivido luchas silenciosas, a veces cuesta arriba,
pero han seguido adelante, paso a paso.
Porque incluso en medio del cansancio o la incertidumbre siempre hay
herramientas. A veces las encontramos dentro de nosotros, y otras, observando
cómo lo hacen los demás.
Estas pequeñas letras son para aquellos quienes estén dispuestos
a leerlas.
Gracias por estar aquí.*

NOTA DE LA AUTORA

Para el desarrollo de esta historia vi una escena en una serie que me inspiró. Todo surgió a partir de una frase que me tocó profundamente:

«Todos tenemos una historia que contar al mundo; un relato capaz de cambiar vidas, de transformar pensamientos —aunque a veces parezca difícil—, y de recordar que algunas historias de superación podrían ser también las tuyas».

Esta novela combina vivencias reales con elementos de ficción. En parte, ha sido una forma de desahogo. Creo que, si alguien decide adentrarse en estos fragmentos, tal vez encuentre algo que le acompañe, le inspire o simplemente le haga ver la vida desde otro ángulo. Porque, al fin y al cabo, cada historia guarda sus propias verdades, y a veces necesitamos mirar la vida a través de otros ojos para entender la nuestra.

Espero que disfrutéis de esta historia tanto como yo al escribirla.

MATEO

2 de diciembre de 2019

En pleno invierno del norte, Mateo caminaba por la arena inestable de la playa de la Concha, en San Sebastián. Una brisa fría le acariciaba el rostro. Por un instante, dejó de pensar en sus problemas. Al llegar una pequeña ola, se detuvo para sentir el agua helada en sus pies. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Ese paisaje, casi sobrenatural, calmaba su mente.

Se quitó la ropa y la dejó cuidadosamente sobre la arena. Se quitó la ropa y la dejó cuidadosamente sobre la arena. Siempre había sido muy perfeccionistas. Después, se lanzó al mar. Nadó con determinación, dejando que las olas lo envolvieran. Durante unos instantes, solo existía el agua, el frío y su respiración. Entonces, apareció un recuerdo. Su hermana. De pequeña, siempre quería venir allí. Buceaba, reía, construía castillos de arena como si el mundo fuera sencillo. Mateo esbozó una leve sonrisa. Había pasado demasiado. Mucho más de lo que cualquiera debería soportar. Y aun así, seguía adelante. Una ola más grande de lo esperado lo golpeó de lleno y lo hundió bajo el agua. Salió a la superficie jadeando.

—Vale... ya es suficiente —murmuró para sí.

Se dirigió hacia la orilla braceando con energía. El mar se encontraba muy frío; sabía que, si no salía pronto, podría resfriarse.

Al salir del agua, distinguió una silueta conocida: Marina. Medía aproximadamente un metro setenta, era delgada y tenía el cabe-

llo castaño y ondulado, que le caía con gracia hasta los omóplatos. Desde que la conoció, lo había fascinado su rostro dulce y las pequeñas pecas que se esparcían por su cara, dándole un aire de inocencia que lo enternecía. Sonrió; ella lo tenía loco. Gracias a Marina, Mateo era quien era. Llevaban un año juntos y, en tan poco tiempo, ella lo había ayudado a superar muchas cosas: el *bullying*, los intentos de suicidio, aprender a aceptarse, valorar sus virtudes y abrazar sus defectos.

Marina se acercó con paso rápido, le dio un beso en los labios y le regaló una sonrisa cálida. Desde que estaba a su lado, Mateo se sentía pleno. No le alcanzarían vidas para agradecerse. Tener a alguien tan inteligente y sensible a su lado a veces le provocaba pensamientos oscuros: se sentía inferior. Ana, su psicóloga de años atrás, lo habría reprendido. Le decía: «Cuando nuestros pensamientos nos sabotean, lo primero que debemos hacer es interceptarlos y analizarlos».

Caminaron por la playa del paseo de La Concha tomados de la mano. Al llegar a una pendiente, se sacudieron la arena con una toalla y, tras arreglarse un poco, retomaron el camino hacia el Boulevard. La familia de Mateo los esperaba, y ambos sentían ilusión por integrarse. Él confiaba en que su hermana Valeria se llevaría bien con Marina, pues compartían personalidades similares. En cambio, su padre nunca había visto con buenos ojos que comenzara una relación. Antes de llegar al restaurante donde se reunirían con todos, hicieron una breve parada en un bar para tomar algo.

A pesar del paso del tiempo, las tapas del bar Boulevard 9 seguían siendo increíbles. Su favorita era el bocadillo de jamón serrano, uno de los grandes clásicos de la gastronomía española. El local ofrecía una esencia variada: gambas, jamón y otros productos del mar. Gracias a esa variedad, los turistas disfrutaban de la rica oferta culinaria.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Marina, sacándolo de sus pensamientos—. Me parece que le estás dando demasiadas vueltas a la cabeza y no me estabas escuchando.

—Tienes razón, *bihotza*. Estaba pensando en lo mucho que me ilusiona que conozcas por fin a mi hermana. Le vas a caer bien —respondió Mateo.

Marina sonrió ampliamente. Sabía cuánto significaba para él.

—Lo sé, amor. Pero tienes que relajarte. No te conviene estresarte —le advirtió—. Anda, come algo.

Mateo asintió. El médico había sido claro: «No debes estresarte por nada en el mundo o tu enfermedad empeorará». La depresión lo había acompañado durante años y cada vez se sentía más frágil. Eso se reflejaba también en otros aspectos de su salud.

—Yo ya he terminado —dijo Mateo—. Cuando quieras, podemos marcharnos.

—¡Madre mía! —comentó Marina sonriente—. ¡Cómo estamos!

Mateo se levantó con energía y la tomó de la mano. Había llegado el momento. Ojalá todo fuera más fácil. Mateo se sentía afortunado. Mucho. Había tenido la suerte de nacer en una familia que se apoyaba mutuamente. Sabía que nunca lo dejarían solo.

Estaba convencido de que su generación sería clave en la mejora de la salud mental. Aunque para lograr un equilibrio verdadero se necesitaran décadas, creía que iban por buen camino. Desde hacía años, él intentaba contribuir a esa causa promoviendo valores esenciales.

Mientras caminaban, Marina le pidió que se detuviera un momento. Necesitaba ir al baño. Estaban cerca de la Basílica de Santa María del Coro. Sacó el móvil y escribió a Valeria para avisarle de que ya estaban cerca. La respuesta llegó enseguida: «OK, te quiero», acompañado de un emoticono de beso. Mateo respondió con otro y, mientras tanto, contempló la iglesia y su entorno con orgullo.

La basílica se alzaba imponente con su fachada gótica y vidrieras que reflejaban la luz del sol invernal. Las calles empedradas, estrechas y serpenteantes estaban salpicadas de bares y tabernas donde se percibía el aroma constante del mar mezclado con el de *pintxos* recién preparados y productos de la gastronomía vasca.

Los balcones de las casas, decorados con flores y faroles, daban a la ciudad un aire acogedor y lleno de vida. Desde la playa se escuchaba el murmullo de las olas golpeando la Concha, mezclado con las risas de turistas y transeúntes que recorrían el paseo. Por otra parte, sus festividades y costumbres tradicionales hacían de esta comunidad algo especial, diferenciándola claramente de otras zonas o comarcas.

Sin embargo, antes de que pudiera girar por completo, una mano lo sujetó por detrás. Sintió el filo de una daga hundirse en su espalda, cortándole el aliento.

—Haz lo que te digo o verás a tu novia desangrarse delante de tus ojos —susurró una voz grave y masculina.

Mateo obedeció. Esa voz... le resultaba familiar. Intentó recordar, pero no pudo. A su alrededor, nadie notó nada. Trataba de controlar su respiración sin éxito.

La presión de la daga lo obligaba a callar. Lo condujo por la calle 31 de Agosto. Al llegar a una zona solitaria de un callejón oscuro, el agresor lo hizo girarse.

—¿De verdad pensaste que todo acabaría así, capullo?

El corazón de Mateo se paralizó. No podía creerlo.

—¿De verdad creíste que ibas a quedarte con ella y ser feliz? No, amigo. Aquí mando yo. Ha llegado tu hora.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —preguntó Mateo, con rabia contenida—. Con todo lo que compartimos... Eres un cabrón. Nunca debí confiar en ti.

El otro soltó una carcajada que resonó en el callejón. Nadie aparecía. Mateo se maldijo por no haber gritado antes. Las lágrimas amenazaban con desbordarse.

—¿Creías que podría ser amigo de un perdedor como tú? Me cansé de tus juegucitos de niño bueno...

Las palabras lo hirieron más que la daga.

—No, ya basta. Es hora de que aprendas quién manda.

El agresor guardó la navaja. El clic de una pistola lo llenó de angustia. Lo apuntó a la cabeza. Aunque Mateo ya sentía que todo

estaba perdido, no podía evitar pensar que su desaparición sería lo mejor para su familia.

—No puedes hacer esto —musitó, tambaleándose—. Yo... te consideraba un amigo.

—Claro que puedo —respondió, esbozando una sonrisa—. ¿No recuerdas el daño que hiciste? Llevo años esperando este momento.

Entonces, Mateo comprendió la verdad. Años atrás, se había involucrado en un grupo peligroso, con reglas rígidas, y ahora entendía que quien le apuntaba con la pistola siempre lo había utilizado como un títere, moviéndolo a su antojo para sus propios fines. Justo cuando su mente se llenó de pensamientos, escuchó el disparo. Sintió la sangre caliente brotar de su cabeza. Y, en ese instante, los recuerdos lo invadieron: los cumpleaños de su hermana, sus risas, sus abrazos, la gente que adoraba...

Antes de desplomarse, alcanzó a ver una melena rubia salir del bar y asomarse al callejón. En ese instante, Mateo cerró los ojos para siempre, muriendo en aquella gélida mañana de diciembre. Así dio comienzo una investigación que se prolongaría durante dos largos años.

VALERIA

2 de diciembre del 2019

(mismo momento en que encuentran a Mateo con una bala en la cabeza)

Valeria puso un pie fuera del bar donde había quedado con Mateo. Se levantó un poco de viento en la calle. Apoyó un mechón de su cabello rojizo detrás de la oreja y comenzó a caminar por la plaza de la Bretxa. En ella se ubicaba el mercado —con el mismo nombre— característico del lugar, que ofrecía una gran cantidad de puestos de verduras, pescados, carnes y frutas. Además, era reconocido por la amabilidad de sus vendedores y la calidad de sus productos.

Mientras avanzaba, observaba los diversos restaurantes y bares con sus típicos platillos. Le encantaba esta zona; gran parte de su infancia había transcurrido entre estos lares. No podía evitar sonreír al ver a pequeños y mayores paseando, charlando y disfrutando mientras realizaban sus quehaceres cotidianos.

Valeria le envió un mensaje a su hermano, pero no recibió respuesta. Decidió seguir caminando, aunque una sensación de angustia e incertidumbre comenzaba a consumirla. Esa inquietud se intensificó cuando vio que Mateo no la llamaba enseguida. Sintió que algo malo había sucedido. Siempre había tenido una intuición muy fuerte para todo. Nunca le fallaba.

«No pasa nada», se repitió una y otra vez.

Se sentó en uno de los bancos cerca del mercado e intentó respirar pausadamente, pero le resultaba imposible. Su respiración

era rápida y entrecortada. Tomó una gran bocanada de aire y lo exhaló lo más despacio que pudo. Mientras inhalaba y exhalaba, notó como su cuerpo comenzaba a relajarse poco a poco.

Intentó pensar de manera neutral, pero no lo consiguió. Llegó a la conclusión de que no podía seguir así, preocupándose por cosas que aún no habían sucedido y por personas que no merecían su atención. Sabía que, algún día, los ataques de pánico que sufría desde pequeña podrían empeorar y perdería el control sobre ellos.

En ese instante, su teléfono sonó. Era una llamada de su padre. No dudó ni un segundo en contestar.

—¿Sí, *aita*? —contestó, con voz temblorosa.

—¿Dónde estás?

—Sentada en un banco cerca del mercado... estoy buscando a Mateo, pero no aparece —dijo, nerviosa.

El ruido de la zona dificultaba escuchar claramente a su padre.

—*Aita*, muévete un poco —pidió—. No te oigo bien.

Cada vez escuchaba su voz más lejana, aunque logró percibir una frase que la dejó helada:

—Valeria... En el bar, hay bastante ruido... He escuchado que han encontrado a un chico de la edad de tu hermano muerto. Por lo que sé, ha sido en una de las calles del casco histórico. Lo más extraño es que este chico tiene las mismas características de tu hermano.

En ese momento, sin que pudiera procesar completamente la información, la línea se cortó.

Valeria comenzó a caminar más rápido, pasando por la playa de la Concha, la Talasoterapia y el tiovivo. Recorrió los lugares por los que Mateo había pasado, aunque ella aún no lo sabía; lo descubriría meses más tarde por distintos sucesos en los que se vería involucrada. La desesperación corría por sus venas. Su hermano no contestaba ni devolvía las llamadas, y normalmente siempre lo hacía a la primera.

Mientras regresaba por donde había venido, observó cómo la multitud se aglomeraba en el casco histórico. Serpenteando entre la gente, sentía una creciente angustia en el pecho. La expresión de las personas era un poema de horror y dolor: rostros desencajados, lágrimas, niños llorando. La tensión se podía palpar en el aire. Lo peor estaba por llegar.

Al llegar al arco policial, su mirada se fijó en un cuerpo. Con los pasos que se acercaban lentamente, comenzó a comprender que lo que veía era real. Allí estaba él. Un disparo en el cráneo de Mateo lo había dejado muerto en esa fresca tarde de diciembre, exponiendo para siempre uno de los secretos más dolorosos de la familia.

VALERIA

Una hora después de que Mateo se hallase muerto en la callejuela

Valeria corría por las calles, intentando asimilar lo que acababa de ver. Deseaba, con todas sus fuerzas, encontrar a su hermano al final de la calle, como si aún pudiera estar vivo, pero no era así. Su respiración se volvía cada vez más agitada y su corazón latía con fuerza mientras aceleraba el paso hacia la playa, el último lugar donde Mateo había sido visto con vida.

De repente, sus piernas comenzaron a flaquear. Un mareo intenso la obligó a detenerse. Buscó apoyo y encontró un banco vacío en el paseo marítimo. Se dejó caer, inclinándose hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas mientras el mundo parecía girar sin control. Los recuerdos de Mateo —su risa, su forma de mirarla, su presencia cálida— se mezclaban con una sensación insoportable de vacío.

—Oye, chica —preguntó una voz a su derecha—. ¿Te encuentras bien?

Valeria alzó la vista y vio a un joven de su edad acercándose con cautela. Su mirada trataba de transmitir calma, aunque ella apenas podía procesarlo. El pánico la mantenía atrapada en sí misma.

El chico apoyó una mano en su hombro, obligándola suavemente a mirarlo. La voz del muchacho empezó a desdibujarse hasta convertirse en un pitido lejano. Valeria intentó ponerse en pie, pero el mareo regresó con más fuerza. Sus piernas cedieron y cayó

de rodillas. El chico la sujetó a tiempo y la ayudó a recostarse en el suelo.

—¡Cuidado! Estás muy pálida. Tumbate un momento. Déjame ayudarte. Voy a levantarte un poco las piernas, ¿vale?

Su voz tenía una melodía sorprendentemente reconfortante. Raúl —como se presentó después— tenía los ojos verdeazulados y el pelo rizado, negro azabache. A juicio de Valeria, era llamativamente atractivo incluso en un momento tan inoportuno.

Cuando su respiración por fin se calmó, Valeria abrió los ojos y se encontró con la mirada intensa del chico, que le dedicó una sonrisa suave. Aquella sonrisa le formaba un pequeño hoyuelo junto a los ojos.

—Por cierto, me llamo Raúl —dijo mientras la abanicaba con una revista—. Veo que ya tienes mejor cara. Estás recuperando el color.

Varias personas comenzaron a acercarse, curiosas, formando un pequeño círculo. Viendo la situación, Raúl levantó la voz para pedir espacio:

—Por favor, dejadle aire. No se acerquen tanto.

Un señor se acuclilló junto a ellos.

—Tranquila, habrá sido una bajada de tensión —dijo con una sonrisa amable—. Te he visto marearte, pero preferí no acercarme antes. ¿Estás mejor?

—Sí... , gracias —respondió Valeria, intentando incorporarse.

Pero el esfuerzo volvió a marearla, y cayó hacia adelante, atrapada por el brazo fuerte de Raúl.

—Ey, ey, ey... tranquila —le dijo él, sujetándola con cuidado—. No tengas prisa. No hace falta que te levantes aún.

Durante varios minutos, Raúl la abanicó mientras ella inhalaba y exhalaba lentamente, notando cómo su cuerpo por fin se relajaba. Cuando estuvo más estable, él y el señor la ayudaron a ponerse en pie. La acompañaron hasta un banco cercano y se sentaron junto a ella. Valeria agachó la cabeza y se frotó la cara. Todavía sentía un leve dolor en el cuello por la caída, pero se encontraba mucho mejor.

Al levantar la vista, se encontró con ambos observándola con atención. Uno de ellos le ofreció una botella de agua, que ella aceptó con agradecimiento. Tras asegurarse de que estaba bien, el señor se despidió y se marchó a paso rápido. Valeria, sin saber por qué, memorizó su aspecto: cara redonda, afeitado, pelo despeinado, delgado, nariz prominente...

Cuando ya se disponía a marcharse, una mano firme se posó en su hombro.

—Perdona... Sé que es una tontería —dijo Raúl—, pero no me has dicho tu nombre.

Valeria sonrió. «¡Qué mono!», pensó. Había sido increíblemente amable. Y además tenía unos ojazos impresionantes y unas manos grandes y fuertes. Le encantaba eso en un hombre.

—Valeria —respondió, más seca de lo que pretendía.

—¡Encantado! —dijo Raúl ensanchando la sonrisa.

«Dios, ¡qué sonrisal», caviló.

Ella asintió y le devolvió la sonrisa, sintiéndose ridícula por lo boba que parecía.

—Viendo que ya te puedo dejar marchar sin preocuparme por tu estado de salud, me tengo que marchar. ¡Tengo prisa! ¡Nos vemos!

Valeria lo observó alejarse con rapidez y, con cierta pena, lo siguió con la mirada hasta que se perdió entre la multitud.

«Vaya mozo me he perdido... Le tenía que haber pedido el número», pensó.

Lo que no podía imaginar era que el destino los reuniría pronto.

Aunque ya estaba recuperada físicamente, no podía dejar de pensar en cómo reaccionaría su padre. Aún no se lo creía. Eran tan felices... Caminó de nuevo hacia el Boulevard, deseando despertar en cualquier momento y que su hermano volviera a reír con ella como siempre.

Pero la ilusión desapareció al ver a la gente aglomerada tras un gran cordón policial. La muerte de un muchacho en el casco histórico de San Sebastián ya era noticia; alguien había avisado a las autoridades.

Entre la multitud, logró distinguir el rostro desencajado de su padre. Se abrió paso empujando como podía. «Ya queda menos», se repetía mientras avanzaba, agotándose. Al fin llegó a él, le tocó el brazo y su padre, dándose la vuelta, la abrazó con fuerza.

No pudo evitar mirar algo que jamás olvidaría: cómo cerraban los ojos de su hermano para siempre y cubrían su cuerpo con una sábana azul.

BENJAMÍN

2 de diciembre del 2019. Búsqueda de Valeria

Al escuchar la algarabía producida por unos sonidos extraños, Benjamín, preocupado, decidió salir en busca de Valeria. Ella había salido hace media hora para encontrarse con Mateo, pero ninguno de los dos había regresado.

Caminando entre la gente, pensativo, recordó los días en que Mateo era pequeño. Eran tiempos felices, pero una punzada de culpa lo atravesó: «¿Podría haber hecho algo diferente?». Inmediatamente apartó esos pensamientos: no era justo castigarse así. ¡Era su hijo!

Mientras avanzaba, se topó con unos niños jugando con una pelota. El contraste con la situación presente le hizo sentirse aún más impotente. Sabía que cuando uno se deja llevar por los impulsos o no controla ciertas situaciones, puede causar un daño irreparable. Aun así, eso no le daba derecho a haberse comportado como lo hizo en el pasado.

Al girar una esquina, Benjamín vio delante a varios *ertzainas* y, entre ellos, algo familiar: un collar. La sangre se le heló. Sin pensarlo, avanzó hacia el cordón policial con la seguridad que siempre lo había caracterizado.

—Señor, no puede pasar por aquí —le advirtió un policía acercándose—. Puede entorpecer nuestra labor.

Pero Benjamín no escuchó lo que el policía le advertía. Con el corazón acelerado, se dirigió con seguridad hasta el cuerpo inerte

que podría ser su hijo. Hasta que un peso suave de una mano se apoyó en su hombro: era Valeria. Su hija lo miraba con incertidumbre, y él la abrazó instintivamente para reconfortarla. El policía, con cara de pocos amigos, volvió a recriminarles para que se apartaran de la zona.

—*Aita...* —levantando la cabeza, vio cómo su rostro se había tornado rojizo y las lágrimas caían por su cara llena de dolor—. ¡No puede estar pasando esto!

La agarró con fuerza. Quisiera desaparecer y sacarla de allí.

—Señor, no pueden estar aquí —insistió el policía—. Estamos trabajando.

—Al que están analizando es a mi hijo —dijo Benjamín, en tono autoritario—. Espera aquí un segundo, Valeria.

El policía lo miró con el ceño fruncido, como queriendo decir que no comprendía nada. Benjamín sacó de su bolsillo la placa de policía que aún conservaba y se la mostró:

—Me llamo Benjamín Iza Pérez, ex miembro jefe de la Ertzaintza —dijo en tono autoritario—. ¿Me pueden explicar qué ha pasado?

Enseguida, el joven patrullero cambió por completo su expresión y llamó a quien podía ser su jefe. Un hombre de casi su edad se dio la vuelta y caminó con gesto serio hacia ellos.

—¡Jefe Iza! —exclamó, cambiando por completo de expresión—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Méndez, ¡qué alegría! —Benjamín guardó su acreditativo, un poco más tranquilo—. Necesito saber qué ha sucedido.

Sonrió. El inspector, ahora jefe de policía Mikel, y él habían sido muy buenos compañeros de trabajo y fieles confidentes. Aunque Benjamín había exigido que no le siguiera llamando «jefe», lo hacía por costumbre y por el gran afecto que se profesaban.

—Agente Suárez, vaya donde los demás, podría ser de ayuda —dijo dirigiéndose al joven—. Benjamín, no puede estar aquí ahora; podría interferir con el cordón policial. Venga, vamos a una esquina a charlar tranquilamente.

Mikel tomó a Benjamín del hombro y lo condujo a un rincón de la calle. Benjamín indicó a Valeria con la mirada que esperara.

—Ese de ahí es Mateo, ¿verdad? —preguntó directamente—. Estoy seguro de que es él. No me mientas, he visto su collar.

—Verá, creemos que su hijo pertenecía a una banda organizada llamada Mantis —comenzó Mikel—. Todavía lo estamos investigando.

—¿Esa no es la cuadrilla que se dedica a robar y malversar distintas empresas? —preguntó Benjamín—. Me parece haber escuchado que utilizan la violencia, secuestros, robos a mano armada... para conseguir lo que desean.

—Sí, lo siento —respondió Mikel—. Nos hemos enterado de que ha habido bastantes crímenes y hurtos de esta organización relacionados con drogas. Estábamos detrás de su pista. Hemos descubierto varios robos de drogas específicas: LSD, heroína, cannabis, marihuana... Desgraciadamente, su hijo se encontraba involucrado. Además, Mateo debía una gran cantidad de dinero. Pero créame, era un tipo que destacaba por lo sigiloso que era.

—¿Mi hijo está relacionado directamente con la droga? —dijo Benjamín, incrédulo.

—Benjamín, como sabe, primero debemos realizar una autopsia para saber si había ingerido algún tipo de estupefaciente —explicó Mikel—. No tenemos certeza de que lo hubiese consumido.

«Nunca me han gustado las formalidades de este hombre», pensó para sí. Siempre le había parecido un poco fuera de lugar su conducta.

—¿Quién crees que podría haber matado a mi hijo? —preguntó Benjamín en cambio.

—Todavía no lo sabemos —contestó Mikel—, pero le prometo que lo investigaremos. Ahora no puedo decir nada más; si se enteran de esto arriba, se me cae el pelo.

—Gracias, Mikel. Y perdona si te he puesto en aprietos. Pero al ver esa cadena me quedé en *shock*. Siento que en cualquier momento Mateo aparecerá y me dará una palmada en el hombro. Como siempre lo hacía.

La mirada del jefe de policía era severa, pero se suavizó al ver la preocupación genuina de su excompañero. Apoyó una mano sobre su hombro y le sonrió, dándole la fuerza que Benjamín en ese instante no sentía.

—Para lo que necesite, a cualquier hora del día me llama —le aseguró Mikel—. Sintiéndolo mucho, no puedo decirle nada más, ¿de acuerdo?

—Lo entiendo. Te lo agradezco enormemente. Ahora debo irme —dijo Benjamín, posando la mirada en Valeria—. Me están esperando.

Se despidieron y él se dirigió hacia su hija. Su rostro mostraba sentimientos encontrados: tristeza, miedo, incredulidad y curiosidad. Se le rompió el corazón; no sabía cómo gestionarlo, pero debía ser fuerte por todos.

—¿Qué pasa, *aita*? —preguntó Valeria—. ¿Qué te han dicho?

—Valeria, creo que tenemos problemas —contestó con un hilo de voz—. No sé cómo gestionar esto.

Le contó todo lo que le había explicado el jefe de la Ertzaintza. Atónita, Valeria se pasó las manos por la cara y comenzó a caminar fuera del círculo policial. Se notaba que no podía más.

—Entonces, todo este tiempo que nos dijo que estaba trabajando en la empresa de un amigo era mentira, ¿verdad?

—Sí, hija. Eso parece. Además de habernos mentido a todos, me duele que no haya confiado en mí respecto a la depresión que atravesaba.

—No te preocupes por eso ahora —dijo Valeria—. Sabes que a Mateo le costaba mucho hablar de lo que sentía y pensaba. Siempre intentaba no molestar, ya lo sabes...

—Lo sé, no se lo reprocho. Pero ¿sabías que debía dinero? —le respondió Benjamín—. Están investigando cuánto.

En ese momento, un grito lejano les alerta de que alguien les reclama.

—¡Benjamín! ¡Valeria! —escucharon—. ¡Esperad, por favor! Girándose, vieron cómo Mikel corría hacia ellos.

—¿Qué pasa? —interrogó Benjamín.

—Perdonad, pero, ¿sabéis si Mateo llevaba el móvil localizable en el momento del fallecimiento?

Benjamín miró a su hija con cara de circunstancias. Quizá ella supiera algo.

—Nunca apagaba el móvil. Siempre lo llevaba consigo —comentó Valeria—. Además, hacía poco que habíamos hablado. Yo era la única persona a quien podía cogérselo dependiendo de lo que él estuviera haciendo.

—Tiene razón —dijo él, mirando detenidamente a Mikel—. Si era Valeria quien le llamaba, siempre contestaba.

—Qué extraño —murmuró Mikel—. No encontramos ni su móvil ni su cartera. Estamos barajando una hipótesis que no concuerda con lo que cavilamos.

—¿Qué hipótesis? —inquire Valeria—. Perdona por meterme donde no me llaman, pero era mi hermano.

—Pensamos que podría tratarse de un suicidio.

—¿Cómo? —dijo Valeria, alzando un poco la voz—. Por lo poco que he podido ver, tiene un disparo en la cabeza. No hay indicios claros de suicidio.

Mikel observó a Valeria. Lágrimas interminables caían de sus ojos. Sentía pena por la chica: su hermano era la persona que más quería en este mundo. Su excompañero le había contado gran parte de lo que ella había sufrido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mikel, siendo cordial.

—Estamos ante un claro asesinato —dijo Valeria, siguiendo su instinto—. Además, no aparecen las armas del homicidio. ¿Eso no os hace sospechar? Aunque pareciera un suicidio, mi hermano siempre fue elegante en su forma de actuar.

—Valeria... —la advirtió Benjamín—. Tu hermano tenía claras intenciones suicidas.

—Ya, lo sé. Pero pertenecía a una banda muy perseguida de Euskadi. Quién sabe lo que le pudieron haber hecho o dicho estando dentro.

—Valeria —dijo Mikel con firmeza—. Hemos encontrado un arma suicida.

—Entonces, ¿sí qué había un arma?

—Sí, Valeria.

Antes de proseguir, Benjamín notó como ella respiraba suavemente. Las lágrimas se detuvieron por un instante. Quería sacarla de allí; quién sabe lo que Mikel le diría o haría. Sabía que su paciencia era limitada y que nunca se le había dado bien tratar con jóvenes.

—Eso no prueba nada —manifestó ella con seguridad—. Esa arma debe ser analizada. No podéis dar carpetazo a algo que no tiene pies ni cabeza. Tú lo conocías, Mikel. Sabías cómo era. No puedo creer que lo hayas olvidado.

La mirada de Valeria era dura. Quiso decir algo más, pero Benjamín la tomó en brazos y se la llevó de la escena. Le lanzó una mirada de disculpa a Mikel, quien negó con la cabeza, restando importancia a lo ocurrido.

—*Aita...* —susurró—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Benjamín notó como de nuevo sus lágrimas resbalaban por sus mejillas sonrosadas, mojóndole levemente la camiseta negra. Valeria le dio un suave puñetazo en la espalda y apoyó su cabecita en su cuello. Le recordó a cuando era pequeña y tenía pesadillas, de cómo buscaba protección en su hermano y en él. Por un instante quiso hacerse pasar por ella para no tener que ver cómo sufría.

A cada paso que daban sentía las miradas de la gente encima de ellos. Varios sentimientos pasaban por su rostro: pena, tristeza, rabia...

—¿Por qué me has sacado de allí? —preguntó Valeria—. Quería seguir recabando información sobre lo que pudo haber pasado.

—Sabes por qué, Valeria —dijo él, intentando sonar neutral—. Sacarte de allí fue la mejor opción. En el futuro podrías arrepentirte.

—Pero sé que lo han matado —respondió ella, convencida—. Lo sé, tengo un instinto.

El exjefe de la Ertzaintza solo pudo sonreír con tristeza. El gen de los problemas, «el gen Iza», había salido a flote, y su hija, desgraciadamente, lo había heredado.

—Valeria, creo que es mejor que lo dejemos —dijo suavemente—. Debemos asumir que tu hermano podría haberse suicidado por voluntad propia.

Valeria, disgustada, lloró en sus brazos, abrazándolo con fuerza.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, *aita*? —repitió preocupada.

Fue entonces cuando Benjamín se dio cuenta de la magnitud de la situación. No pudiendo más con la carga, se derrumbó. Lloró en silencio, pensando en cómo contarle todo a su mujer y al resto de la familia la mala noticia. Pero lo que no sabían era que aún les quedaba mucho por atravesar.

